



Compañía de Jesús

Provincia de España

H. GREGORIO BELLO GONZÁLEZ, S.J.

Carucedo (León) 10/03/1932– Salamanca 31/10/2023

Impresiona ver 74 años de vida en la Compañía, dichos con una sola palabra: *cocinero*. Y todavía falta en la lista la mención de un destino, de cocinero también, y especialmente importante en su vida. Lo contaba muchas veces. No está en el catálogo porque ocurrió entre la edición de un número y otro, el año 1951. Estuvo destinado de aprendiz de cocinero en la Universidad de Comillas, Santander. Fue, o mejor, iba a ser su maestro otro famoso cocinero de la Provincia, el H. Santos. Estuvo con él seis meses. Cuando el H. Bello le dijo que lo destinaban a Salamanca, le respondió:

–¡Pero si sólo has aprendido a pelar patatas!

La extraña frecuencia con la que el H. Gregorio contaba esta historia tenía detrás un son de queja. El H. Gregorio tenía conciencia de que nunca le habían enseñado. Para todos era un misterio la exquisitez de su trabajo.

Estando de cocinero en nuestra residencia de Santiago de Compostela (1953-1971) pasó por allí el P. General, Pedro Arrupe, bajó a la cocina y lo destinó a cocinar para la curia romana.

En Santiago, como también en otros destinos fue comprador; eran interminables las anécdotas que contaba de su trato con las verduleras.

–¡Vaya papelón que han hecho los jesuitas educando a Fidel Castro, un comunista!

Él: –Sí; un hijo de gallego...

Me decía:

–Y se callaron.

En el mercado comentaban con él los sermones de nuestra residencia.

De Santiago tenía muy buen recuerdo; de Roma también, aunque decía que el trabajo llegó a agobiarle, sobre todo el de comprador y administrador de los gastos de la cocina. A ello se añadió durante dos años el oficio de tendero. En la curia decidieron que la cocina

comprase alimentos para ayudar a los empleados, que los comprarían allí a bajo precio gracias a las rebajas que el H. Gregorio conseguía de sus proveedores.

—No pude más. Me quejé al ministro, luego al superior y finalmente al P. Arrupe. Se cerró la tienda.

Le gustaba recordar los tiempos de vacaciones y de Ejercicios Espirituales, en diferentes sitios de Italia. Sin darse cuenta, entonces respiraba hondo.

Conviví con él en Gijón, veinte años. No era su tarea menos trabajosa que en Roma. Tenía que cocinar para el colegio, para los alumnos y para los empleados. Salía a comprar en autobús, y no cerca cuando iba buscar pescado. Iba a decir que me admiraba. Y sí, pero también me daba miedo notar su cansancio. No se quejaba.

Nos hicimos muy amigos en seguida, y la verdad no recuerdo qué chispa inició nuestra amistad. Afinidad... no sé.

En 2016, tuvo que dejar la cocina, estaba casi ciego. Le regalé una lupa; al poco tiempo me la devolvió. Para leer las pocas líneas que tuvieran interés para él (recetas de médicos, cartas breves de sus familiares) usaba unas gafas con lentes superpuestos, aparatosas.

A Salamanca vinimos el mismo día y en la misma furgoneta. Pasaba las largas tardes sentado junto a un árbol y daba cortos paseos, cojeando, apoyado en un bastón.

Al acabar los Ejercicios de aquel primer año vino a mi cuarto a hablar. Desde entonces lo hizo todos los días. A las siete en punto de la tarde llamaba a la puerta y preguntaba:

—¿Hay alguien aquí?

—¿No!

Y entraba. Hablábamos de todo. Sabía una cantidad interminable de historias de su pueblo; no había peligro de que languidciera la charla. Hablaba mucho de sus recuerdos de niño en la apostólica de Carrión donde entró ya para ser Hermano Coadjutor.

De vez en cuando me preguntaba cómo se entendía tal o cual cosa de nuestra fe. Y casi siempre mi respuesta era la misma:

—Eso es un misterio, si lo explicas fabricas un ídolo; pero además de la imposible aclaración lógica (según el modo de ser de lo que no es Dios) tiene mucho significado para nuestra vida en Cristo. Le preocupaba el momento actual de la Iglesia y la Compañía, hablábamos largamente de ello, terminando siempre en la idea de cómo teníamos que vivir la fe.

Tenía una inteligencia natural muy grande, y una pareja sensatez y buen juicio sobre las cosas y las situaciones. Aprendí no poco de él

Hace unos tres meses me dijo que se sentía mal. Los médicos encontraron un gran deterioro de su hígado. Pasó el último mes en la cama. Entones el que iba a su cuarto era yo, para no perder la costumbre de nuestras conversaciones; pero él casi no podía hablar. Tenía una falta total de apetito. El médico y los enfermeros no hallaron remedio para esto y enflaqueció exageradamente.

El día que murió le visité tres veces, estaba prácticamente agonizando. Le pregunté si quería que le diera la absolución. Me dijo que sí. Hicimos un acto de contrición y entrega a la misericordia de Dios. Entones entró en la habitación el P. José María Vaca, espiritual de la comunidad, y me dijo que ya habían hecho todo.

—¿Cómo era como jesuita?

—Pues, como un jesuita... muy serio, muy cumplidor de todo lo relacionado con la vida espiritual; dentro de una sobriedad silenciosa, - yo diría -, propia de un hombre del Bierzo.

Decía que impresionaba que una vida tan larga y tan entregada, tan seria, quedara resumida en la palabra del nombre de su oficio. No. Su oficio fue el de buen religioso, aunque esto no constara en nuestros catálogos.

Antonio Pérez, S.J.
07.11.23